

‘No alineados’... ¿Contra quién?

A COLOMBIA, PARA EMPEZAR, hay que vacunarla contra esa forma senil del sarampión izquierdista que es el tercermundismo. Y el momento es ahora, cuando el mismo concepto de Tercer Mundo empieza a ser rechazado en todas partes como una sospechosa invitación a la conformidad. Todo el planeta ha entrado en la competitiva revolución de la excelencia. Solo América Latina y África creen todavía que lo revolucionario es resignarse con el tercer lugar. El tercermundismo es la expresión ideológica del pesimismo. Colombia, de esa amarga substancia, ya no quiere más.

También hay que superar la etapa definitivamente agotada de la No Alineación. Ese foro locuaz pero irrelevante no tuvo para el país ninguna utilidad. Matricularse en él fue un homenaje a la demagogia. Permanecer, un síntoma de estolidez. Hoy nadie quiere quedarse por fuera de las grandes comunidades comerciales que han reemplazado a las viejas e hirsutas alianzas militares. En estos tiempos no alinearse es una prueba de insensatez. Además la no alineación tenía algún sentido en el mundo bipolar que el fracaso del socialismo eliminó. Ahora, sin derecha ni izquierda que sirvan de punto de referencia y con una sola filosofía triunfante, la liberal, ¿respecto a quién no alinearse, por qué y para qué?

Lo mismo puede decirse de los raquíticos pactos regionales que arman y desarman los estadistas latinoamericanos cuando periódicamente son afectados por una especie de chauvinismo continental. Esos acuerdos no prosperan y quizás es lo mejor. Los pactos entre pobres son autodestructivos. Los preside la malicia y los destruye la avidez. Además, en ellos a Colombia siempre le va mal. Nos mata el sentimentalismo y acabamos canjeando ventajas comerciales por aprobación. Ya se sabe lo que pasó en las Galápagos. Allí nos convertimos en compradores forzosos de Venezuela y en vendedores para dos países quebrados, Bolivia y el Perú. Peor negocio, imposible. Pero el Gobierno se devolvió de las Islas cantando las glorias de la integración.

Resumiendo: el mundo cambia radical y aceleradamente en el momento justo en que el doctor Gaviria va a asumir el poder. Es una coincidencia feliz porque, bien aprovechada, le va a permitir al nuevo Jefe del Estado el raro pero fascinante privilegio de diseñar para Colombia una nueva política internacional. Para que así ocurra, necesitará varias cosas. Pero una,

a mi juicio, es esencial. Mantener el populismo lejos del Palacio de San Carlos. Si no logra eso el revolcón será al revés.

Carlos Lemos Simmonds